

Esteban Arenas Matos

Milagro del día y de la noche





Milagro del día y de la noche

Esteban Arenas

Esteban Arenas©
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2019
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9781797732404
Depósito Legal: ZU2019000037

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Queda prohibida la reproducción y/o comunicación no autorizada con excepción de los casos que impone la Ley sobre el Derecho de Autor en sus artículos 43 y 44. Cualquier individuo u organización que incurriera en el uso no autorizado del contenido de este libro, podría ser castigado de 6 a 19 meses de cárcel según lo establecido en el artículo 119 de la Ley sobre el Derecho de Autor, además de acarrear responsabilidades civiles.

I

Al piso elevado
Le anteceden las escalinatas
Una placa de metal acoge nuestras
[raíces inquietas
Hilera de cabezas contrapuestas en el
[corredor,
Unidos estamos por las paredes y sus
[jorobas;
En la búsqueda del nicho oxidado.
Cerca de las pendientes ajenas
La mirada arrojadiza choca consigo misma
Y con las otras semejantes,
Halla el altar rechinante
Una persona, el horizonte vidrioso
Silencio mutuo de perfiles sosegados,
Se esfuma el bienestar de la silla
Ante la incomodidad de este silencio.

II

Tras la ventana

En la densa pastura de tinta, un gato

en el gato, una mirada

en esa mirada, unos ojos que develan

[absortos la sombra original

como hermanados astros de vidrio

ambos vigías, resguardan el paso entre

[las hebras de la arena,

la fierecilla se funde en la maleza

reanuda su paso,

un grito trepa a los ramajes y al cielo

[apagado,

se escabulle entre las pelambres del suelo

y se pierde a sí mismo en la maleza;

no más gato en la ventana

esta noche, la siento espaciosa.

III

Se asienta en el ápice del gato semilla
halla asidero en la cola del animal,
en las fauces abiertas
tres afilados colmillos
es joven el felino y aún así
no existe un cuarto colmillo,
solo avisto iracunda caverna,
fuga de elementos en visceral encuentro;
los maullidos provienen del epicentro
[del gato
rasgueo de guitarra insomne
onda que se extiende.

IV

Hoy el viento nos trajo viejos párpados
un pausado masticar desplegado en sus

[migajas verdes,

ante el señor que come las hojas

la imagen sepia recorre incontables

[trechos

palabras al viento

el cauce de las vivencias.

Ante el señor que come las flores

ternura y afecto,

ahora el vientre impregnado de

[aderezados pétalos

viene y nos cuenta cosas,

suave movimiento circular

interno e imperceptible,

el arrastre de la silla lleva al resto de las

[flores.

Ante el señor que come la tierra

Paz y descanso eterno

V

Estando entreabierta la puerta
puedo ver el haz de luz
que busca arrecostarse en mis piernas,
escucho los ecos del sol
palpitando en sus lánguidos restos,
yo canto al resplandor naciente en mí.

VI

Ahora

la obsesión es el tiempo

todo parece perderse en el curso fluvial

[de las horas,

despóticas

transcurren severas en un rostro cifrado,

sus designios son siniestros e inapelables,

un ayer permanece a espaldas de nosotros

hoy respiramos, recordamos y

[aguardamos a los ausentes,

hay una fuerza de empuje inmensa aquí

así andamos a la espera de unos

[tiempos indiferentes.

VII

Parecer, es comenzar a ser
tráslucido mimetismo
donde convergen todos los actos,
ingenuidad, pureza, casi divinidad,
un par de montículos, palpitantes,
la frágil silueta traza las líneas del ser
[oculto
en él, está ella.

VIII

Niña, desde lo más hondo
asomada;
niña, que principias,
sal a los patios a jugar
atraviesa el pasto de tu celador
rasga sus dérmicos aros,
los cálidos abrazos del día
y las brisas heladas de la noche,
harán de ti mujer hermosa.

IX

A solas con la oscuridad
Inicia el sutil
callado
gemido nocturno,
agrietan la noche el susurro de los
[árboles,
sombras diluidas en las esquinas de la
casa.
Gélida tibieza
chillan impertérritos mis huesos
ante la inminente partida del celeste
la ida de los hermanos días,
me sume esto en las más hondas y mo-
jadas tinieblas.

X

Cuarto de hora
prístino el amanecer en puntual
[cabalgata al cenit,
el brillo de la mesa mojada así lo indica,
drásticas sucesiones en la dinastía del
[tiempo
cuando es todo detenimiento y espera
[ansiosa,
despoje del hoy,
resignación de la aurora,
persiste el sudor del pan que corta en
[dos al día
no es ya lo mismo la primera mañana.

XI

A la tabla central saltan artilugios de
[colores
los quince delgados hilos desfilan,
la niña pálida de mirillas transparentes
se aboca a las cabezas de barro,
suave gestación del ojo en el
[hundimiento
vértebras de palo,
transcurren gentiles las fibras en la
[conversa,
sonrisa de los últimos instantes
donde aprendemos a darnos el adiós.

XII

En la holgura de las tardes
aguarda el cóncavo recinto.
delicadas telas flotantes,
barca del aire
que surca invisibles oleajes,
curva tallada en el viento.

XII

En medio del juego ansío saber la hora,
a los minúsculos seres el ánima despojo,
ellos permanecen a la espera
inertes en el piso;
deambulo entre pupilas consternadas,
los grabados del muro me apaciguan,
resguardo el tiempo de todas las cosas
las horas del llanto y de la risa,
los segundos al margen de la visión.

XIII

Mota de nieve juega en el mimbre
clavando alfileres sobre la superficie,
sobre el heno blando lleno de roturas
de donde salen las férreas espirales.

La soledad juega a la comparsa,
los ojos del río permean las adyacencias,
las vigas como sentadero del espacio
[infinito;
manejo de blancos hace de espalda
de la niña que zarandea los papeles
sentada al borde de la ventana.

XIV

Sin saberlo, desanda un hermoso cadáver
junto a sus pies de arena.
las personas que están a su lado
lo contemplan sin cesar
también a ella la miran
para después verse los unos a los otros,
no le comentan nada
¿para qué hacerlo?
es que luce tan contenta,
piensan
cuán injusta e innecesaria
resulta la verdad algunas veces ,
sería tonto estropear esa diadema,
pasan los minutos
no faltan los arrebatos,
en veloz sacudida el hurto de la ternura,
la estatua es arrojada lejos,
ahora presencia los lamentos del origen.

XV

Sembradío de plumas
en la voracidad del suelo,
largos miembros danzan junto al cierzo
en interminables sacudidas;
saludo firme irrigado en el sendero,
es verde el cielo y cabizbajo,
ensortijada choza en vara de semillas.

XVI

Siento el acecho impostergable del pasillo
una mano se sostiene en los vértices de
[las líneas divisorias,
ira creciente en estas paredes
cubierta de rojizos mantos,
sus ojos pisotean todo mi cuerpo,
ese trazo de tormenta estancada
en la víspera del salón.

XVII

Sombríos se corretean los astros
[alrededor de grandes parcelas
su fulgor es la entrega momentánea,
equidistante juego de luces en la cuenca
[de los azules
corredizo amo de las aguas
las borlas del manto develan el móvil
[del mundo.

XVIII

¿Quién multiplica la mirada terrestre?
están ambiguas las gentes en el aro
[tembloroso,
espesa abertura del cielo derramado,
nos sabemos deformes en su interior,
la saliva vuela sepultada en las bocas
abiertas del subsuelo
algún hálito de gracia recostado en la
arena;
mis pies agitan las aguas
y de un salto atravieso la charca.

XIX

En lo alto, las cenizas devoran la espuma
enajenados pájaros tantean el azul,
la copa del árbol
nos muestra el sueño petrificado de la
lluvia;
son tan filosas las corrientes
que me desvanezco en el vaivén del rocío,
percibo un remolino de frondas airadas.

XX

Erguirse veo el polvo de la tierra
al son del pie
en hilachas de humo ceniza;
densos oleajes
suelo de arrastres y arena
el barro de las viejas caídas
difuminado en la espalda del ser sin
[habla.

Rojo madero me sostiene, anhelante
a través del hierro enhebrado,
abajo, la cabeza contenida en espumoso
[océano invertido,
quizás, sea yo más pierna que cualquier
[otra cosa,
alrededor, los paladines del pasto
[merodean en esta su parcela
húmedos de risa, mastican medias lunas
me dan ellos las flores y dichoso las
[recibo,

Esteban Arenas

hay un desvanecimiento en el cerrar del

[puño

un último aliento confinado,

soy sepulcro marchito de apretujados

[pétalos

que se antepone a los arcos de la tarde,

las voces se aproximan susurrantes

me dicen que estoy loco y rompo en llanto,

enervo las puntas del rostro hacia lo alto

y delgadas manos tientan las anchas

espaldas del cielo.

XXI

Abiertas, las mismas esquinas
ceden el recinto a las voces hermanas
que parten del mismo vientre,
decantando el hoyo de los pesares.

Se crece la vigilia
transito los anillos de la soledad
recibo de los muros lo mismo que otorgo,
crecen también los escupitajos redondos
volviéndose turbias ciénagas.

XXII

Aquí, con el sublime anhelo
de extinguir el tumulto de las voces,
la cabeza malherida por estas
[despiadadas resonancias,
distante e inasible
la ubre del sueño,
alcanzan mis orejas, frías llamaradas
ululantes,
atizo el flujo de voces
con otras nuevas
y se gestan ecos siameses.

XXIII

Es tanta la disonancia de estos
[indiferentes muros
que solamente esparzo gritos ásperos
mientras aguardo el devenir de la ribera,
las penas cristalizadas descienden hacia
[mis grietas más marcadas,
sé que hay gente tras la muralla del
[presidio,
hay voces allá afuera y hay vida,
yo respiro la risa de los otros
mientras me adormezco en la niebla
de mis agitadas palabras.

XXIV

Han sido pocos hasta ahora
estos sucesos tan memorables,
puedo contarlos con una sola mano,
despacio los nombro y de muchas
[maneras;
así como crecen los árboles
crecerán esos instantes,
rebasarán mis dedos,
no alcanzarán ni todos mis cabellos
[juntos
para cuantificar dicha alegría.
hoy prevalece la espera;
mientras tanto
un destello en las adyacencias.

XXV

Amanece en la melodía del lirio
corre frondosa la savia transparente,
a modo de ecos, rugosa advertencia
acerca del cúmulo de los lácticos tallos,
pequeña y silenciosa parte de la muerte
acechando los ojos que la contemplan.

XXVI

Ciertas veces, el cuerpo dorado
expulsa las sombras restantes del nicho,
soy una de las tantas madrigueras,
huyen temerosos los garabatos de la
[oscuridad,
sin cortar las raíces
mi sombra se estira y se aleja,
aferro los pies a la tierra,
no quiero estar solo.

XXVII

Ignoraba yo que las esclusas del ánima
podrían servir a tan bajos fines.
su nefasto mirar arrojan
al centro de mi pecho;
ramajes sanguíneos en la desteñida
altiplanicie.

Continuos los charcos
visten túnicas de simetría,
busco en ellos la salvación.

XXVIII

Por la vereda de cabezas que pestañean
se alza un montículo propicio
para anhelar las pisadas profundas;
entra el dragón de las humaredas,
el reptil danzante forja un camino de
niebla;

permanezco inmóvil
aguardando la proximidad del humo,
Buscando la mirada rayada que se posará
en las lomas de mi cráneo hundido,
cuando esto ocurra
estaré mirando el suelo
sin saber qué hacer.

XXIX

Llamar con el penúltimo nombre
al más grande de los afectos
entre jaurías de tiernos equívocos,
atisbos de dulzura encubiertos
en el orden de los apodos;
de llamado en llamado
muy triste está el hombre
azotado por nombres que no le
[pertenecen,
en cambio, el otro se ufana del falso
[llamado
arribando a la cima de cálidos montes.

XXX

Supone el ser alado un remanso de amor,
me acuesto en sus laderas
cargando las varillas incendiarias
para enhebrar el halo creciente,
y sumergirme
en la tenue bruma de sus labios.

XXXI

Al momento de las palabras
desvió el rumbo de los ojos,
escondo las manos en la hierba,

Brisa sembrada en el pecho,
tácita presencia en mis pensamientos,
los rezos la esparcen en los alrededores,
da lo mismo realmente ver hacia los lados,
ella está en la danza gesticulante del prado,
en el acaecer de pastosos celajes
en las espigas ramificándose
en las líneas de la mano
y en las cosas del mundo;
era la eternidad en ese instante.

XXXII

Llaman a la puerta un par de risotadas,
los de adentro aceptamos la invitación,
nos apoderamos todos de las barandas
soportando salpicaduras de arena,
en el torrente sepia que me aísla del resto
huelo risas seguidas de lanzas
amenazantes,
huyo olvidando las encomiendas
dejo solos a los entes diminutos
me oculto en la cima de un calamar
[grisáceo
hasta que alguien venga por mí.

XXXIV

Albergas el brillo en la mirada de aquel
que erguido ante ti, anida el resplandor.
trasladas las sombras al solar de la noche
a merced de los cantos púrpuras,
donde un árbol negro extiende sus aleros
sorbiendo la leche de las estrellas.

XXXVI

La mirada desdentada
escucha el resonar de un eco a la inversa
palpa el deslizarse de las lágrimas por
dérmicas resbaladillas,

Ciñe lengua y degusta las sales
[oceánicas del rostro.

La mirada errante
contempla el suplicio de los tiempos
[venideros
en busca de parajes lejanos.

Mirada circular en la infinitud
retorno al polvo y a la inmensidad.

XXXVII

Digo que no y se da la vuelta
¿por qué no atiende a mis palabras?,
mis ojos, manos y espaldas dicen no
rasgando el surco que nos separa,
no quiero gruñir
no quiero ser altanero
igual, todos decimos que no.

XXXVIII

Se recuesta uno a veces,
seminclinado en los pastos,
viendo los cruces delgados
entre esas hendidias donde hay dejes de
[luz;
transcurren así las charcas,
y uno aquí
todo envuelto en verde liana
siendo manoseado por el sol.

XXXIX

Respira, piensa, pronuncia,
percibe un vacío en sus palabras;
al empezar el balbuceo
no da con las demás partes,
busca remendar los sonidos
y un hilado de brisa parte de
las comisuras de sus labios.

XL

He aquí al ausente
sentado a la orilla de sí mismo,
desprovisto de emociones,
que anda a saltos por las sendas estrechas;
vanamente intenta sentir,
las palabras son sus excusas,
revisten su alma desnuda,
perciben la nada en su árido esplendor.

XLI

Conscientes de un sufrimiento
[advenedizo,
no reparamos en el crujir de los labios.

Dolor que precede a la belleza,
[exacerbando
desgarres minuciosos al momento
de la perforación inmaculada;
la primera llovizna,
la candidez de este espejo;
viendo entre nosotros la hermosura
[malograda
evaporó las lágrimas del rito,
nos sabíamos felices
bajo las efímeras aguas.

XLII

Marcha minúscula y quiebres
del sedoso verdor al gris de sequías;
tensos, los unos sobre los otros y
[delgados
a merced de las bases;
planicie que sustenta
las pisadas de la tierra,
la fuerza de los muchos
en frágiles varas y la noche.

XLIII

a orillas del patio
los bienes de la arena
provienen del manto celeste.

No existen las presuntas conquistas;
vanidoso, el pulpo amarillo se
[inmiscuye en todo:
vierte nuestros ríos
inflama nuestros velos
realza humores esenciales
develando la fé en nosotros,
por ello, me es grata la noche.

XLIV

Diestra, la torre cede las sombras
a los contiguos estratos del mármol,
eje de las mirillas encaramadas
cuadrangular acecho de vidrio
[apelmazado.

Oleosa, inclinada hacia los cimientos,
la umbría rampa arremete
contra los caminantes del aro sigiloso,
ellos, presencian afilados gritos.

Ira del este ascendente
ondas que abrazan sólidos vestigios,
rasgando el lateral
carcomido por las proclamas del fuego
en abruptas mordidas;
gritos circulares y la edificación
[inmersa en ellos.

XLV

A las palmeras
no las concibo de noche,
a esta negrura, la pienso de mil maneras,
pero rechazo las lóbregas melenas
ultrajando el estío nocturno
y me devaneo en la cresta
de árboles madrugadores,
su noche me nombra.

XLVI

Yo sé muy bien
que no es grato lo que ven,
reconozco la aberración
de estos orígenes,
también he pensado
cuán deseables serían
las otras hechuras,
me sorprendo a mí mismo
abstraído en descabelladas
[elucubraciones.

XLVII

Era un ser de la entrada
recorriendo arcos y compuertas,
estaba el paraíso en ceñidos tiestos,
los resaltos cerrando el anillo de las flores
y sentada la vi
en el litoral de los ramajes,
formaban sus piernas eminente retablo,
en ellas. el anverso del pliego;
leía en la oquedad de sus ojos,
pasaban los minutos y las páginas
y sin conocer
miraba hondamente.

XLVIII

Urdimbre de melancolía,
mi bífido sentir
meldando los disparates,
que emanan de las hendiduras vecinas,
dibujo abrazos perdurables,
devienen en constelaciones mis manos,
estando ya entrelazados
emprendemos mutuo canto
hasta dormirnos el uno en el otro.

XLIX

Está mórbida hoy la madrugada
llevando a rastras la resaca estelar,
pesan sobre mí esas hombreras
del ingrátido despertar,
converso largamente con mis piernas y
[brazos,
ellos me adivinan,
ciertamente, estás allí,
te pienso inefable entre la muchedumbre
como frondoso astro que despliega
lo más espiritual que hay en mí;
sin embargo, están las peñas carnosas
cercenando la visión de mis añoranzas.

L

La entereza dispuesta como catarata en
[el atardecer,
exhala el fango en bocanadas de noc-
támbulo resquicio,
ladrillo goteante que se aleja silbando;
la lejanía desdibuja el perfil de las
[catedrales.

Es suelo lunar el que resplandece
a hurtadillas, temiendo despertar la
[pierna
de los esfumados.

LI

La unión de las baldosas
dispersa el polvo equinoccial de mis ojos
mientras mis manos se abandonan al
[trémulo pestañeo,
pasa la sombra de un extremo a otro,
me observa con detenimiento,
pero es este tan solo mi deseo,
visto luces de bengala en el alzamiento
la abigarrada voz busca impresionar,
tales pretensiones son carcomidas por
[el desinterés;
completa inmutabilidad o esforzada
[indiferencia,
no lo sé,
imaginerías flebiles podrían ser,
la sombra no me observa en realidad,
yo no le importo;
suceden una cuantas barreduras,
por último, la grieta del desnivel,
la soledad, una posible espera y el gato
[que merodea.

LIII

De tanto ver oír
las mismas cosas
y las cosas mismas
trastoco vestiduras tortuosas
al ras del silencio acompasado;
sonido y sus sombras,
ordenanza abandonada
sonámbulos pisoteos,
susurros que persisten.

LIV

A tientas, los segundos corroídos,
avisto un reloj de palmas
enhebrando las horas disímiles;
unos golpes
se suceden severos
en acuosa consistencia de polilla.

Florece la catedral del silencio,
a cuentagotas está el tiempo a merced
de sus inconmensurables partículas
el rostro eterno en marea negra
[circundante,
como la luna de siempre
como las babas de la noche,
marchante de sus lomas
se encamina al bosque de la quietud.

LV

Lo que está cerca
lo nombro
pronuncio lo que sé
pienso en lo que puedo
nada más.

Los lazos se me escabullen,
ignoro la gestación
de los sólidos aproximados,
nada sé de aleaciones,
son tan lejanos los estilos
yo callo y no los pronuncio
solo los respiro,
callo y nada sé
habría que conocer tanto
y no puedo;
callo hasta el grito revestido
canto al éter de los supuestos
elegía al vacío
eso puedo decir.

LVI

Recae la sombra despaciosa sobre las
[sienes,
debiera erradicarla ahora mismo
mediante gentil soplo continuado,
pero no me da la gana
este dolor me constituye
temo extraviarme durante la sanación,
estimo al delirio que me tiende la mano
juntos le asestamos unos buenos golpes
[a la noche
seguidos de patadas e improperios
[llorosos;

Horrísono atentado contra el cielo
quedamos exhaustos con la miel sobre
[nuestras nuca,
sentimos las carcajadas ensillando
nuestras espaldas
una vez más , la noche se ríe de nosotros.

LVII

Ni el azaroso aleteo cerúleo
ni los danzantes del suelo en aguas
trastocan las salientes del cuero,
poseo yo un huésped a medias,
son muy pocos los llamados
y bastantes las somnolencias,
húmeda superficie encendida
que lleva a cuevas erratas sanguíneas
cuyas palmas auscultan mi tambor de
congoja.

LVIII

Hermosa jugada del olvido
en su constante reserva
dejadez del soplo visceral,
asombro semidesnudo en la cerradura,
agite de las piezas mutables,
amnésico ensamble
vertebrales los juncos
errática memoria
vida naciente en el desvarío.

LIX

Estéril, seco, miserable,
así me hace sentir este pálido rostro
que sostengo entre mis manos;
si dueño fuera de alguna voz
señalaría a gritos mis carencias,
la desunión de las líneas vacías
brecha del espacio concedido
a estas esquivas palabras,
valdría más el reproche
que el arsenal de mi huellas cosidas
divago en el enrejado azul,
fundo la región del vacío.

LX

Una vez discurrido el engañoso signo
gran desilusión ante su verdad
elegía a las posibilidades esfumadas
extravío del encantamiento
inútiles son las descripciones,
de las bellas resonancias,
desconozco el cuerpo del nuevo racimo
ciertos hallazgos me encaminan
a una fosa de papel.

LXI

Quisiera verte al otro extremo de la mesa
de ti escucharía hondas plegarias
en postura de enraizados codos
sería yo un orificio de inmensidad
destino de los ecos desperdigados,
en el retablo dispuestas mis ofrendas
ansío muerdas lo mismo que yo
quiero que escuches la respiración del
[trigo]

soy el leudo que se levanta
azotando nuestros alimentos
cantarías para mí
en la resina del instante certero
sin escuchar las otras espaldas
estaríamos inmersos en rostros tatuados
pronunciando las otras cartas.

Beberás del néctar ensombrecido
y partiremos hacia algunas viglias.

LXII

Nuevamente la saciedad,
a falta de pedruscos en el paisaje
es imposible la visión,
solo está la del humo blanco,
es esta, horrible sensación.

A estas horas
abundan los alaridos verticales,
puedo ingerir tanto aire como me plazca,
aún así persisten los tapices,
sean párpados los días y emprendan
[alocadas maromas.

LXIII

Podríamos decirnos tanto
pero los inexorables quejidos
impiden la unisonancia de nuestras
almas,
hay miedo en demasía.

LIV

Nombres y solo eso
figurines agraciados
siluetas delirantes,
uno los busca similares
a los de adentro;
un grupo de costumbres no ejecutadas
palabras que jamás usaré,
restan los convites del gusto
palabras divagando en telares añejos,
su vida en prolongada agonía,
vanidoso intento de eternidad.

LXV

Sensible eres del poder divino
de lo maravilloso y lo inusitado,
sientes a ratos
una ventisca granulada
donde pájaros brincadores
perciben el miedo en la fuga del pasto,
en la altivez de los ramajes
y en la firmeza de las raíces,
dedos impertinentes revolotean
por culpa de la mano amiga
y de unos brazos permisivos.

LVI

Acontezco verde en el sigilo
jinete soy del bosque entreverado;
es el círculo de las copas punteadas
una coral de brazos que se extienden,
surco las crines que el cierzo bracea,
cuando una vez el mundo
inhale una enredadera en noche fría,
de la embocadura del infinito
germinarán jóvenes astros.

LXVII

A menudo me confunden con la muerte
se me adhieren de tal forma en la piel
[adormecida,
como velando el trote de la sangre;
mi descanso tardío blande fríos
[sudores,
engendro un horizonte recostado en la
[cubierta,
frotan sus manos los cuervos menudos
devoran las migajas de mi ensueño
presencio la reunión de estos parásitos
solazándose en la pesadez de mis
[confines.

LXVIII

Si no viera chapoteos o murmullos
[aledaños

bien pudiera prescindir de todo esto
desbarataría los zurcidos de mi

[desalmado entorno
innumerables serían los recién nacidos
es ese el óbito brutal que precede a la vida
cuando transmuto en hosco desfiladero
a los miembros del hospicio

no hay rincón que no padezca mis
[espejismos

ellos cobran vida para sumarse a mi
[sufrimiento

el llanto es dulcemente compartido
pero solo yo conservo las risas

[cosechadas,
me adueño egoístamente de ellas
y al demonio con los inertes moradores

LXIX

La marea azota los bordes de la luna,
esta ronda el silencio de los bosques;
el cielo contiene la respiración
muestra lo más adusto de su cara;
las personas sienten pómulos rozando
[sus cabezas,
sofocadas tinieblas marcando territorio,
un ombligo , en la lentitud de la espera.

LXX

La arteria cubierta de lodazales
inmenso olvido brotando de allí;
debacle del frío matinal
ensimismándose hacia las extremidades,
entre las mejillas, halos de sal
como nauseabunda ribera
revistiendo aquello que nos agita.

El caminante de la última lluvia
esconde el rostro que se asoma bajo su
[cuello
tristemente se encuentra con el pesado
[sueño de la puerta,
también con un perro que desagradable
le mira;
emprende veloz huída
y el perro se hunde en su silencio.

LXXII

Como frondas de agua dulce
pienso en la rítmica caída de los dedos
[verdosos
sin olvidar el húmedo anillo que crece
por el choque de ambas sutilezas.

Los suelos sonrían,
les encanta estar mojados
y que los pisen así,
a mí me encanta complacerlos
por eso les clavo los pies
y se quedan muy callados.

LXXIII

A esta hora en la que todos duermen
jugamos tranquilos en la habitación
barre la noche nuestras cabelleras
nos hartamos de estar tranquilos
jugamos juegos más inquietos
¡alabado sea el insomnio de los
[escogidos!

nos volvemos locos
la noche nos expulsa
¿pero a quién le importa?
¿qué acaso no eramos ya forasteros?
ya estábamos fuera de nosotros
las horas transcurren
yo soy el único que regresa
contemplo asustado el cataclismo
y sabiéndome parte de él
escondo la boca.

LXXIV

Se levantan
prosигuen las andanzas
como desconfiados de ellos mismos;
a pesar de todo hay recibimiento,
una melaza efervescente los atrae
vislumbra la salida
y el aleteo de una mariposa
los arrastra a la perdición.

LXXV

Hemos leído tanto en sus aleros,
ella carga siete ráfagas consigo,
se me insinúa
convertida en sordo amasijo,
su vida es como un grillo que calla,
velaje que no disimula
el temor que le infunde
la siesta de la casa,
quiero darle la última flor
antes de que todo acabe,
el tino de mi corazón
puede llevarme hacia algún gozoso
[secreto.

LXXVI

Ahora desembocan los días en penumbra
los días se ensanchan y engordan
los días son un largo y agónico bostezo
la vida gastada esquilmada
¿para qué decirnos cosas?
lo sabemos todo sin conocer nada
antes imaginábamos la ausencia
era el misterio;
finalmente cae la tela de nuestros actos,
es el fin de los relatos.

LXXVII

Dentro de las diáfanas envolturas
yacen en cuclillas viandas transparentes
entre rumores inteligibles;
Cuando mi brazo desvanece su sombra
surgen ostias con nombre de mujer,
así, nace la repartición
de mi propias migajas.

LXXVIII

Ante mí
el fuerte bamboleo de su andar,
la hundidura saliente del asfalto
se aloja en el primero de mis patios,
extrayendo el zumo medianero
que con tanto esmero
mantengo al límite de mis costados
que todo lo saben.

LXXIX

Dentro de la ambigua llanura
inmenso celaje recae
sobre los asiduos zarzales,
rezuman sus murmullos
estas dolientes algas.

La Somnolencia de las pantorrillas
arrastra una corteza de pliegues,
como vestigio de las distancias,
de esta forma, caen los filamentos
llovizna, de las columnas viscerales,

Nuestras zancadas siendo engullidas
por las borrascas residuales.

LXXX

Trasvés malignidad y misantropía
concibes una persecución
en lo mutuo y en lo ajeno,
acecho de las presencias y las ausencias
eco de lejanías
en alados pensamientos
he aspaventado el suelo fértil de los
[actos concretos
si una vez hubo quebradizo resplandor
yo mismo lo he mitigado
he zarandeado las frágiles corrientes de
[luz
mis liñudos afectos
asolaron el valle de la complejidad
adiós a la amada
duelo de los días y las noches
sueño devenido en rústico llanto.

Este libro se terminó de imprimir el día 21 de febrero de 2019, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en el continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1927 que en Nueva York se presenta el cine sonoro.

www.sultanadellago.com